

# Historia del Existencialismo

**MARIO  
PARAJÓN**

Con trescientas veinte páginas de texto y diecinueve de una bibliografía original de Giuseppe D'Acunto, aparece en español la Historia del Existencialismo de Pietro Prini (Ed. Herder, 1991), cuya versión original se publicó en 1989. Prini tiene muchos vínculos con España: esposo de una escritora de Murcia, profesor invitado en El Escorial, una obra suya sobre Gabriel Marcel traducida hace años y muchos amigos en los medios intelectuales españoles. Tres novedades arrecian el atractivo de este libro que trata de lo que ha sido el movimiento intelectual más importante del siglo: lejos de ser la exposición de un conjunto de doctrinas unidas por la etiqueta existencial, es un recorrido de andadura dramática hecho desde la situación en la que vive —según Prini— el hombre contemporáneo arriesgando su consistencia. Eso es lo primero que resalta en el texto. Pero a continuación viene lo importante: Prini expone, pero no se limita a exponer; su pensamiento va asomándose por los intersticios

de lo que han reflexionado los clásicos de la filosofía de la existencia hasta que en el último capítulo se adelanta su pensamiento propio. Y falta lo último: a los nombres archisabidos de Kierkegaard, Sartre, Heidegger, Camus y los demás de la lista infaltable, se añade un grupo de italianos interesantes cuya palabra no ha sido lo suficientemente escuchada en los medios intelectuales de occidente. Como si todo esto fuera poco, hay que añadir que esta historia del existencialismo está escrito como hay que escribir los libros de filosofía y como hoy raramente se escriben: con apasionamiento, visión personal y como si al autor le fuera la vida en lo que hace. Un lec-

tor medianamente sensible le corresponderá dejándose llevar por una corriente que ni remotamente lo hará permanecer impávido. A Unamuno le hubiera gustado este libro. Como era de esperarse el cortejo de los elegidos por Prini lo encabeza el seductor danés cuyas injurias a Mynster irritaron en su día a Ortega. Prini llama a Kierkegaard el «teólogo experimental». Pero antes de ocuparse de su obra y de los encontronazos que ésta sufrió por manes de su biografía, el autor describe el nihilismo en que vive este fin de siglo: nuestro nihilismo.

Lo interesante es que 1 ( caracteriza: no es el d< los anarquistas rusos cuyas huellas subsisten hoy en el terrorismo; ni el de la *belle epo-que*, extravagante, divertido, frívolo y amargamente vacío. El de hoy es aburrido y serio, eficaz y racional, le estorban los afectos y sólo ve funciones y objetivos a corto plazo. Lo dirigen los tecnócratas, grandes maestros de la cultura de la nada. Van a la oficina y al gimnasio, se interesan por la gastronomía y el mantenimiento del cuerpo; y regresan el domingo por la tarde luego del mutis obligado a la naturaleza. Este nihilismo se mueve en tres «escenarios de sentido»: la *destrucción de la máscara*, la *caída del fundamento* y la *anulación de las opciones* son las líneas maestras que lo configuran. La lucha contra la máscara es su arma. El nihilista «desmi-



Soren Kierkegaard.

tífica» la exaltación idealista de la realidad intentando la destrucción de todo entusiasmo noble, sea el afán por buscar la verdad o el amor, la amistad o la belleza. Todo eso es máscara que oculta el afán de poder o la represión. Y Prini admite que lo es muchas veces —el ejemplo reciente de un totalitarismo fallido y que vivió de la renta idolátrica de la justicia social— es un ejemplo que lo refuerza. Pero de lo que se trata no es de acabar con máscara y rostro, sino de hacer lo contrario de lo que hacen los nihilistas: destruir la máscara para la mejor iluminación del rostro.

**L**a caída del fundamento se produce cuando la firmeza sobre la que marchamos y que se integra en la ecuación ser-Bien-valor desaparece al no plantearse ni siquiera la pregunta por su conexión. Y la anulación de las opciones es la consecuencia de lo

anterior y trae consigo lo que Prini llama la «indiferencia om-nicomprendiva del bien y del mal». Es el reconocimiento de los hechos despojados de la orla de sus posibilidades; lo que sigue a la falta de reflexión y a la negativa a aceptar el peso de la pregunta incesante y la reflexión que le presenta batalla a la nada.

A partir de aquí Prini estudia la obra de los descubridores de la existencia, la de los investigadores de la conexión entre existencia y ser; la de los que se preocupan por hermanar existencialismo y humanismo y la del mencionado grupo de italianos, ocupados en la «hermenéutica de lo ambiguo». A Prini le interesa dotar al existencialismo de la realidad del ser. Croce le hubiera negado esta posibilidad. El ser se yergue con toda una historia que empieza en Parménides y cuenta con sus cimas en el ir y venir de la filosofía. La primera es la de Platón, pero la segunda radiante es la de Aristóteles. Se constituye en la gran comuni-

dad sin determinaciones puesto que todas las realidades *son*, pero como a la vez son *tales* realidades, necesitan un fundamento analógico que se llama la sustancia. Por eso hay un ser en cuanto ser —conexión universal— y un ser que se dice de muchas maneras. Pero hay también un ser divino que casi es existencial.

**Y**aquí empieza el drama. No es lo mismo que un *ser sea* y que un *ser consista en ser un ser*.

Añádase a esto que el ser es el primer inteligible, la interpretación fundamental de la realidad y en consecuencia el principio de la caza mayor de las esencias por parte de los filósofos. A las tres versiones no les han faltado sus coincidencias: estabilidad, permanencia, inmaterialidad dura; y después conversión en los trascendentales y punto de partida de una moral y una teología.

Pero llegó Descartes y le abrió una tremenda grieta al ser cuando clausuró la sustancia pensante declarándola de otra naturaleza que la extensa. Nació el racionalismo. Hegel lo hizo culminar creando todo un sistema en que lo heterogéneo va reduciéndose a lo homogéneo y la vida concreta de cada hombre va desapareciendo en el espíritu objetivo representado por el derecho y la moralidad. Hegel identifica dialécticamente el ser y la nada. Kierkegaard le sale al paso y le recuerda que la filosofía no sólo es un sistema de comprensión del mundo, sino una indagación

socrática en el sí mismo que en su obra es criatura frente a creador. Por eso el yo de Kierkegaard es cristiano.

**E**n ese momento nace el pensamiento existencial. Tiende a ser antropológico. Ve al hombre en su devenir, en su angustia, en su inestabilidad, en sus posibilidades y más imaginativo que inteligente. Ve a los seres que *son* preguntándose por el sentido de su vida, pero no a los seres que consisten en ser porque estos últimos pierden su individualidad para diluirse en esencias universales. Así se opaca el ser en su origen y el valor deja de ser un trascendental para\* convertirse en un descubrimiento arbitrario y que depende de una ontología oculta. Prini estudia la lucha de cada pensador existencial para abrirse paso hacia el ser. No se olvide la dificultad: al pretender el existencialismo comprender al hom-



José Ortega y Gasset.

bre en el tiempo y en su vida concreta, se le oculta lo que hay de fundamento en el ser. Hay páginas brillantes a propósito del «teólogo experimental» (Kierkegaard), lúdico y a la vez lleno de autenticidad; un retrato de Kafka en que lo vemos contemplando la miseria de la vida y la maravilla de las ideas platónicas, pero sin llegar a lo que

Platón calificó de participación. Marcel y Jaspers están admirablemente vistos y Abbagnano nos deja entregados a la reflexión como nunca lo hizo antes.

La orientación del libro es heideggeriana. Prini cree en el silencio, en el «hablar del habla» y en el ser como fundamento del *Dasein*. Pero no sigue a Heidegger en su negación de Platón. Probablemente le concede mucho a Heráclito, pero más a Plotino. Cree en el encuentro entre Parménides y Platón y en la fecundidad de este encuentro para el futuro de la filosofía. Su manera de ver la nada como integrada en el ser aunque sin identificarlos a la manera de Hegel y su necesidad de unir lo corpóreo con el impulso hacia lo alto y la esfera del valor, pueden ser los aportes que mejor distingan la originalidad de su pensamiento. Nadie se arrepentirá de haber leído este libro.